

CAPITULO X

[Regresar al indice de ARTE DOMINICANO](#)

[Regresar al INDICE de PRECURSORES](#)

La pintura a fines del siglo XIX.— [Grullón](#), Sanabia, Fiallo, Levy, Piñeyro, Hernández, Emilio Bernal, José Audilio Santana, [Arquímedes Concha](#), [Ramón Frade](#), Manuel Pueyo.

En la pintura dominicana de fines del siglo pasado pre-dominan, poco menos que solitarios, los discípulos de Fernández Corredor, unos consagrados permanentemente al arte y otros ya de retirada, empujados por las necesidades o por las apetencias económicas. Pero el impulso del maestro—las vocaciones que despertó— era tan poderoso, que el desenvolvimiento artístico continuó su marcha, dentro de las obligadas limitaciones de la época. Unos cuantos nombres llenan ese período, desde principios de la dictadura de Heureaux hasta su trágico derrumbamiento.

Fue Arturo Grullón, nacido en Santiago de los Caballeros en 1869, uno de los más notables discípulos de Corredor. Por sus admirables aptitudes fue enviado a París, en enero de 1886, a continuar sus estudios de pintura, ya graduado en la primera gloriosa hornada de maestros normales de la Escuela de Hostos. En la Meca del arte tuvo de maestro, entre otros, en 1887, al insigne pintor Domingo.

Atraído por la ciencia, la medicina, en que fue eminente, y desalentado ante la perfección de los grandes maestros de la

pintura, medroso de no pasar de la medianía, de-jó el pincel por otro instrumento, el bisturí, que, en sus manos de artista, ganó en muchas ocasiones, en sus brillantes operaciones de oculista, la categoría de arte.

Y esto a pesar de sus triunfos como pintor, no sólo en su Patria sino también en Francia. Su fina cabeza al pastel, de Mademoiselle Fatet, francesa ya entrada en años, patrona de la casa de huéspedes en que se aposentaban algunos dominicanos, como Grullón y Heriberto de Castro, en el conocido Barrio Latino, de París, fue expuesta en el Salón, de Paris, de 1890. La bella cabeza, “de mérito apreciable para los conocedores del arte”, de muy realista colorido, fue alabada por José Martí, quien la admiró en su visita a Santo Domingo de fines de 1892. Se conserva en nuestro Museo Nacional, donada por el Dr. Pedro Henríquez Ureña en 1933^[1]. En poder de particular se halla otra de las más celebradas pinturas del Dr. Grullón, El mar.

Manuel María Sanabia fue otro de los discípulos de Co-rredor que, apremiados por las necesidades, abandonaron el arte por otros medios de vida más productivos. De Santo Domingo pasó a las comarcas del Cibao: en 1895 hizo allí su óleo, Paisaje del Yaque; y en 1901 actuaba en Moca co-mo dibujante y pintor.^[2]

A Juan Ramón Fiallo Cabral lo salvan del olvido sus dos óleos de Hostos —uno en nuestro poder, obsequio de nuestro amigo Licenciado Antinoe Fiallo— y la semblanza del pintor escrita por el Maestro, en la que elogiaba algunas de sus pinturas y en que

abogaba porque el joven artis-ta volviese a Italia. [\[3\]](#)

Infortunadamente, el modus vivendi del oficio de fotó-grafo y su agotadora dedicación al espiritismo, que absor-bió todas sus fuerzas intelectuales, le apartaron de la pin-tura, malograron en él las promesas de su juvenil visión de Italia, ya desvaído el encendido estímulo de Hostos.

A la misma época corresponden los siguientes artistas, dignos de mención: Salomón Levy, quien hizo un óleo del General Santana, en 1883, copia de “uno de los tantos litografiados que hay en esta ciudad, de gran fidelidad, según los que conocieron al Libertador”. También hizo un óleo del Faro y de la Costa de Santo Domingo.

Abelardo Piñeyro nacido el 13 de octubre de 1862, hijo del Dr. Pedro Maria Piñeyro y de Gabina, viuda del prócer Benigno del Castillo, fusilado en 1861. Preparaba su propia pintura. Era Farmacéutico. Fue también músico. Tocaba violín: fue discípulo de los músicos Pablo y Sebastian Morcelo. Entre sus numerosas obras figura un retrato de su íntimo amigo Lic. Cayetano Armando Rodríguez

Juan Francisco Hernández, quien ejecutó en 1891 un óleo de grandes dimensiones, del Padre I fado con propósito de beneficencia y cuyo paradero se desconoce.

Emilio Bernal, quien expuso, en septiembre de Santo Domingo, en el Café La Tertulia, un cuadro al óleo con varias miniaturas de personalidades de la Villa, entre ellos Arturo Pellerano Alfau.

El infortunado poeta higueyano José Audilio Santana (1882-1915). Algunos de sus óleos se conservan aún en Higüey, en casa de su hermana Virginia Tejeda Santana. Obra suya fue el cuadro de Las Animas, de la Iglesia copia del de Luis Desangles, de la Iglesia de Higüey

Arquímedes de la Concha, de quien se conserva Museo Nacional, un óleo de la Tercera Orden de los Dominicos, tal como existía en 1891, de extraordinario interés para el conocimiento del Santo Domingo antiguo, de la legendaria Ciudad Romántica: junto a la Capilla que fu la gloriosa Escuela Normal de Hostos, se ve un muro almenado y su bello portal y en el fondo las egregias ruinas de la antigua Universidad de Santo Tomás de Aquino, desaparecidas.^[4]

Hasta su muerte el 19 de mayo de 1952, Arquímedes de la Concha —autor de la célebre caricatura Lilís decapitado— se dedicó a la pintura, pero exclusivamente como un medio de subsistencia. Casi todos los escudos de la República que hay en nuestras Embajadas, Legaciones y Con-sulados, son obra de él.

A los anteriores artistas dominicanos ha de sumarse el nombre de Ramón Frade, puertorriqueño, quien sustituyó a José C. Pérez, como dibujante y grabador, en El Lápiz, en junio de 1891.

Fue la primera revista ilustrada, dominicana, literaria y artística, en que aparecieron dibujos en serie, obra de Frade. En ella puede verse una gran variedad de dibujos de Frade, retratos admirables, a la pluma, como los del mé-dico venezolano Dr. Carlos Arvelo, del novelista Francisco Ortea, del poeta colombiano Miguel A. Caro, del historia-dor nacional García, de Emilia Pardo Bazán, de Emiliano

Tejera, de Monseñor Roque Cocchía, de Federico Henríquez y Carvajal, de Peña y Reynoso, de Francisco Gregorio Billini, José Reyes, de Julio Pou, Ml. de Js. Rodríguez, Dr. Alejandro Llenas; tipos populares como el Vendedor de pa-lomas, el Presidiario, el Soldado rústico; lugares, ruinas y monumentos históricos, el Homenaje, la Puerta de San Diego, Desembocadura del Ozama, la Estatua de Colón, el Castillo de San Jerónimo, San Francisco, la Ceiba de Colón, el Faro, la Catedral, de San Gil, Alegoría a la memoria del trinitario Félix María Ruiz; dibujos humorísticos y caricaturas.

Frade, huérfano, acogido por Nemesio Laforge, español casado con dominicana, vino muy joven al país, como en una de esas constantes oleadas de puertorriqueños, de Hostos, de Betances, de Baldorioty, hacia nuestras playas. Estudió en la Escuela Normal de Hostos y en la Escuela de Pintura de Corredor, donde se inició en el arte.

De la escuela pasó Frade a trabajar en las oficinas del Cable Francés. Allí conoció al diplomático galo Adolphe Laglande quien, al sorprenderlo terminando el dibujo de un lechero típico, se decidió a protegerle y a educarlo, ya que también era excelente pintor. Tuvo tales alcances la enseñanza de Laglande que, gracias a ella, pudo el joven Frade exponer, en 1900, en el Salón de París, su obra La Volteriana, elogiada por Claretie.

En sus años de formación, en Santo Domingo, de los catorce a los veintitrés, de tal modo se grabaron en su imaginación las caras imágenes de Quisqueya, que cuarenta años después de su ausencia reconstruyó de memoria la visión de la Ciudad Primada, vista desde Villa Duarte. “Cuando mi discípulo dominicano Carlos Amado Ruiz

contempló la obra y oyó al pintor describir casa por casa, rincón por rincón, el Santo Domingo de Baldorioty, Betances y Hostos —escribe Angel M. Mergal— no supo que elogiar más si la maravillosa memoria pictórica, la técnica impecable o el acendrado amor del puertorriqueño pintor por su Patria cultural”^[5]. Pocos años antes de su muerte Frade le donó ese óleo a la Academia Dominicana de la Historia, donde se conserva, a lo que correspondió la Institución otorgándole una medalla de oro.

Frade nació en Cayey, Puerto Rico, el 6 de febrero de 1875, hijo del asturiano Ramón Frade y de la puertorriqueña Joaquina de León, y “murió pintando” en su pueblo natal el 30 de abril de 1954.

Entre los artistas extranjeros que, como Frade, hicieron de Santo Domingo su segunda Patria, merece especial mención el español Manuel Pueyo, pintor y músico —pianista, maestro de pintura y de música— a quien La Vega, principalmente, le debió una decisiva aportación a su cultura artística en las primeras décadas del siglo.

En 1894 hizo una alegoría conmemorativa de las fiestas de recepción, en San Pedro de Macorís, al Presidente Heureaux^[6]. Dos años después, en 1896, realizó un gran óleo del incendio de la Iglesia de San Pedro de Macorís; y en 1897 dibujó al creyón una Mesa revuelta —que mereció muchos elogios— dedicada al potentado José A. Puente, cuyo excelente retrato, también al creyón, aparecía en el centro de la Mesa.^[7]

Pueyo se trasladó luego al Cibao, donde se conservan algunas de sus

obras, incluso decoraciones interiores, como las de la antes opulenta casa de doña Emilia López, en Villa Rivas. En la casa de don Emilio Almonte Hernández tronco de la distinguida familia Almonte..Bordas pintó algunos murales. En la Exposición Nacional 1907 exhibió una reproducción en miniatura del Mercado de La Vega, que entonces construía allí el Ingeniero Alfredo Scaroina Montuori

[1] Con los hermanos Federico y Francisco Henriquez y Carvajal visitó Martí el Instituto de Señoritas, de Salomé Ureña de Henríquez, la excelsa poetisa, entonces en Puerto Plata en busca de salud. Ante un retrato al pastel, hecho en París por el ilustre artista y médico dominicano Dr. Arturo Grullón, se detuvo Martí:

“El colorido —dijo— es admirable; un alma de artista le ha da-do vida”. Era el retrato de Madame Fatet, dueña de una casa (le huéspedes donde se alojaban algunos dominicanos, en París. El mencionado retrato le fue obsequiado por Madame Fatet a Don Pancho, Dr. Francisco Henriquez y Carvajal, en París. Actualmente se conserva en nuestro Museo Nacional, donado por el Dr. Pedro Henríquez Ureña. Referencias en Revista de Educación, 5. D., No. 52, 1939. De Madame Fatet fue la conocida exclamación, tan celebrada, alusiva a la designación de uno de sus jóvenes ex-huéspedes como Presidente del Ayuntamiento de Santo Domingo:

“Le petit Heribert President. ..que bel pays

El alabado pastel mide 0.64 c. por 0.52 e. Llegó al Museo algo deteriorado por efecto del terremoto ocurrido por entonces en Santiago de Cuba, donde se hallaba, en la residencia del Dr. Hen-riquez y Carvajal.

[2] En el periódico El Independiente, de Moca, del 31 de mar-zo de 1901, publicó el siguiente aviso:

“M. M. SANABIA, Dibujante y *Pintor*, ofrece al público sus servicios en este arte. Retratos al creyón, \$8.00; retratos al óleo, \$20.00; al pastel, \$14.00. Otras clases de trabajos, precios conven-cionales”.

[3] En El Teléfono, 5. D., No. 223, del 3 de julio de 1887. Reproducido en nuestra obra Hostos en Santo Domingo, S. D., 1939, Vol. 1, p. 221.

[4] En los días que corren, diciembre de 1971, ha sido exhibida, en Exposición en el Banco de Reservas de la República, una bella reproducción del óleo de Concha, obra, también al óleo, de la artista doña Margarita Billini de Fiallo.

[5] Angel M. Mergal, Frade: puertorriqueño pintor, artículo en la revista Palique, No. 4, 1954, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, P. R. Ver breve necrología de Frade en Clío, S. D., 1954, No. 101, p. 252.

[6] El cuadro citado fue obsequiado al Sr. Juan Pablo Ster-ling, entonces Administrador de Aduanas de San Pedro de Macorís.

[7] En Santiago de los Caballeros y en otros lugares del Cibao Se conservan algunos biombos hechos por Pueyo. Aquí, en Santo Domingo, *abundaban* los biombos artísticos, como los de la residencia del fenecido don Ernesto E. Freites. No faltaban, en esos biombos, junto a los motivos exóticos, las pinturas de las ruinas históricas de Santo Domingo. Los biombos se estilaban desde los tiempos coloniales, como se revela en artículo de E. Marco Dorta, Un biombo mexicano del Siglo XVIII, en Archivo español de arte y arqueología, Madrid, Tomo XVII, 1944, p. 70-76.

Entre las casas decoradas con pinturas, en su interior, se con-taba aquí la de la familia García, antes del trinitario J. N. Ravelo, en la calle de El Conde, frente al Parque de Colón. Cabe mencionar la casa de Máximo Gómez, donde él y Martí firmaron (en 1895) el famoso Manifiesto de Monte Cristi. En la sala, en el techo de la histórica casa, se distinguen aún los colores de la bandera cubana.